

simultáneamente fué abierto, ¿habrán resultado todas y cada una de sus páginas absolutamente conformes con este soberano modelo? Al leerse los libros de sus conciencias, ¿no habrán discrepado de lo que fué primero esculpido en el Sinaí en las Tablas de la Ley, y después transcrito en ese otro inspirado volumen?

Solo Dios puede descubrir los arcanos de la conciencia; á Él solo es dado escudriñar nuestras almas con ojo infalible, y pronunciar sobre nuestras obras seguro é irreformable fallo. Pero en cuanto nos permiten la humana fragilidad y nuestro limitado entendimiento; en cuanto nos es dado juzgar por la lectura asidua de las lucubraciones de nuestros ingenios, podemos afirmar, sin temor de ofender la majestad del santuario, que los libros que nos legaron los verdaderos sabios y literatos que han florecido en nuestra México, están en perfecta armonía con las máximas y verdades, con los preceptos y doctrinas consignadas en el gran Libro de la Vida. Podemos inferir, sin temor de equivocarnos, que siendo sus escritos cristianos y ortodoxos el reflejo de las almas de los autores, también los libros de las conciencias han de haber sido hallados en el tribunal divino conformes á la norma suprema. Hé aquí en qué consiste su verdadera gloria; y con esta confianza venimos á honrarlos al pié de los altares. Pero estos mismos libros, que constituyen, por decirlo así, sus despojos, nos descubren, al examinarlos minuciosamente, uno que otro desliz, una que otra mancha que no podemos disimular. Hé aquí por qué, cual los Macabeos al hallar bajo las túnicas las ofrendas robadas, caemos de rodillas, no para venerar como santos á nuestro sabios difuntos, sino para orar

por ellos al Dios de las misericordias, y ofrecer por sus almas el Eucarístico Sacrificio.

No es, pues, un panegírico el que vais á escuchar, ni menos uno de esos elogios profanos en que se presentan como tipo de perfección las acciones buenas ó malas, los escritos morales ó impíos del héroe que se celebra. Muy diversa es la misión que me habéis confiado, cristianos miembros de la Academia Mexicana. Me habéis mandado encomiar á los sabios que han florecido en nuestra patria, no tanto por su ingenio como por su ortodoxía; queréis que muestre á la generación presente qué, para ser en México verdadero literato, es preciso, como lo hicieron nuestros mayores, profesar las doctrinas católicas, que parecen inseparables de las letras castellanas; me habéis encomendado que deposite á vuestro nombre en la tumba de nuestros doctos antepasados, no vanas coronas de ciprés y de rosas, sino, como dice San Efrem, flores de oraciones, de sufragios, de sacrificios que mitiguen el fuego del purgatorio, si en él estuvieren aún detenidas sus almas. Esta misión, difícil pero grata, procuraré cumplir, fiado en el auxilio divino, y contando con la benevolencia vuestra y del auditorio que me circunda, que mientras más selecto y más ilustrado, mejor sabrá compadecerme y disimular los defectos de mi discurso.

---



## I

Imposible parecería, si no fuera un hecho tan manifiesto, que México, apenas conquistado, contribuyera á la gloria literaria de España, con tan copioso y distinguido contingente. Cualquiera creería que el fragor de las armas habría impedido que las letras floreciesen en las nuevas colonias, y que la sed de riquezas no podría hermanarse con la ciencia. Si juzgáramos, en verdad, por lo que pasa en nuestros tiempos, ó sacáramos consecuencias de las apreciaciones que apasionados historiadores hacen de aquella época, tendríamos que afirmar que por muchos años después de la caída del imperio Azteca nada había visto nuestro suelo sino guerras, sangre, estragos, desolación, esclavitud, ingnorancia. ¿Quién había de querer atravesar los inmensos mares para exponerse á peligrosas aventuras, sino soldados de fortuna, malhechores que no cabían en su patria, mercaderes codiciosos, sacerdotes que no podían brillar en su país por ciencia ni virtud?

Y sin embargo, Señores, no fué así. Las letras, y el saber, y las artes, vinieron juntamente con las máquinas de guerra; y no sólo fué México el teatro de las hazañas mayores que hayan visto los siglos, sino también la palestra donde desde luego se ejercitaron los ingenios

más brillantes que produjera esa época, tan gloriosa para las letras. No habían trascurrido treinta y cinco años desde que Cortés entrara triunfante en la capital de Moctezuma, cuando el Emperador Carlos V expedía una real cédula, para la fundación en la recién conquistada ciudad..... ¿de un convento acaso? ¿de una escuela para indígenas? ¿de algún colegio preparatorio siquiera? No, Señores, de una universidad; de una universidad basada en el sistema que entonces regía á las mejores, y destinada á brillar junto á la de Salamanca y la de Oxford. Y no creáis que fué un vano decreto, como tantos que la historia moderna nos ha acostumbrado á admirar al principio, y á despreciar luego por su ineficacia y absurdos. No contaba la universidad mexicana sino medio siglo de fundada, cuando un joven doctor cantaba aquí mismo, sin temor de ser desmentido, y en presencia del gran arzobispo D. García de Mendoza y Zúñiga, estos brillantes versos:

Aquí hallará más hombres eminentes  
En toda ciencia y todas facultades  
Que arenas lleva el Gange en sus corrientes . . . .

Préciense las escuelas salmantinas,  
Las de Alcalá, Lovaina y las de Atenas  
De sus letras y ciencias peregrinas;

Préciense de tener las aulas llenas  
De más borlas, que bien será posible;  
Mas no en letras mejores ni tan buenas.

Y no era, Señores, á pesar de esta modesta concepción, tan escaso el número de laureados, cuando el mis-



mo poeta añadía poco después, hablando de la propia México:

Donde tiene hoy su religioso celo  
Cuarenta y dos conventos levantados  
Y ochocientas y más monjas de velo;

Una universidad, tres señalados  
Colegios, y en diversas facultades  
Más de ochenta doctores graduados.<sup>1</sup>

En esta universidad, apenas nacida y ya gigante, que con tanto entusiasmo cantaba quien más tarde había de colocarse al nivel de Garcilaso, y quizá más alto que Ercilla, como poeta bucólico y épico, recibía por este tiempo las insignias de licenciado en Derecho, quien se presentaba á compartir el cetro de la poesía dramática española con Lope de Vega y Calderón, con Tirso de Molina y Moreto.

¿Nació en esta ciudad de las lagunas DON JUAN RUIZ DE ALARCÓN, ó abrió los ojos á la luz bajo la tibia atmósfera del mineral de Tasco, donde ciertamente pasó su niñez? Poco nos importa en este instante dilucidar tal punto: bástanos saber que el gran dramático fué hijo de la entonces Nueva España; que en ella recibió la primera educación y las inspiraciones primeras; y aunque el grado de bachiller lo tomó en Salamanca, tornó á su patria á incorporarse en el gremio de nuestra *Alma Mater*. Aquí empezó á ejercer la abogacía; y en las justas literarias y funciones teatrales tan frecuentes entonces, formó ese talento robusto que había de dar opimos fru-

<sup>1</sup> Balbuena, *Grandezas Mexicanas*.

tos en la vieja Europa. No lo sigamos, Señores; en todas las peripecias de su azarosa vida. ¿A qué acompañarlo en su segundo viaje á la madre patria á pretender un puesto de relator del Consejo de Indias? ¿Para qué contristarnos siendo testigos de sus pobreza, de sus desengaños, de sus sinsabores, de las burlas de que lo hacía objeto la deformidad de su cuerpo? ¿A qué hacer investigaciones acerca de su vida privada, que sólo nos darían por resultado inciertas conjeturas? Vive en sus libros nuestro gran dramático: juzguémoslo por ellos; y para no emitir un juicio vano que repruebe el Supremo Juez de vivos y muertos, abramos juntamente el *Libro* por excelencia, y demos nuestro fallo, según lo que resulte de la comparación de ambos volúmenes.

El parto más célebre del ingenio del grande ALARCÓN es el precioso drama cuyo título retoza en vuestros labios: *La Verdad Sospechosa*. Sus versos sonoros, el lenguaje puro y castizo, la vivacidad de los diálogos, la propiedad de los caracteres, á otros toca encomiarlos: y no sólo han servido de admiración á cuantos hablan el idioma español, sino de modelo á insignes extranjeros, uno de los cuales ha basado su reputación dramática en la versión casi literal de la obra mexicana. "Sartas de perlas orientales (dice un autor contemporáneo<sup>1</sup>) parecen las bellezas de pensamiento y de dicción que la realzan;" y en el fondo, permítasenos añadir, parece haber sido sacada de los Libros Santos y de los antiguos Padres de la Iglesia. *Los labios mentirosos son abominables al Señor*,<sup>2</sup> y á hacer aborrecible la mentira, hábilmente

<sup>1</sup> Don Luis Fernández-Guerra y Orbe, *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*.

<sup>2</sup> Prov. XII, 22.



personificada, se consagra la entera producción. No parece sino que el pensamiento predominante, y hasta el título, son una traducción libre de la máxima del Eclesiástico: ¿qué verdad puede sacarse de un mentiroso, *a mendace quid verum dicitur?*<sup>1</sup> El admirable discurso que brota de los labios del anciano Don Beltrán al saber la manía de su hijo querido, es una verdadera paráfrasis de estas inspiradas sentencias: *Potior fur, quam assiduitas viri mendacis: mores hominum mendacium sine honore.*<sup>2</sup> Yo os confieso, Señores, que al oír á Don García manifestar entusiasta el gusto insensato que siente al comunicar antes que otro, noticias inesperadas aunque falsas; al escuchar las discretas conversaciones de las damas, y aun una que otra observación del criado, me ha venido á la mente la bella descripción que del embustero hace San Efreem Siro:<sup>3</sup> “Quien cifra su delicia en las mentiras, pierde toda autoridad en sus palabras, se hace odioso no sólo al Señor, sino á los hombres. No hay acción que no se le repruebe; se sospecha hasta de sus más insignificantes respuestas. Por causa de él hay en la familia disensiones sin cuento y se suscitan riñas á cada paso. Es curioso y ansía continuamente por descubrir secretos; pero con igual facilidad los revela, y tiene especial tino para trastornar todo con su lengua. No hay plaga mayor que el embustero; no hay deshonor mayor que el tener este vicio detestable.” Otros textos pudiera aduciros de San Jerónimo y de San Agustín, que sostienen minucioso cotejo con varios pasajes del drama alarconiano;

<sup>1</sup> Eccl. XXXIV, 4.

<sup>2</sup> Eccl. XX, 27, 28.

<sup>3</sup> S. Ephrem, *De Mendacio*, t. I. p. 10.

pero ¿á qué aglomerar ejemplos? ¿Conocía el poeta y estudiaba los Santos Padres, ó son estas meras coincidencias? Difícil sería averiguarlo; pero no anduvo errado el mejor biógrafo del gran dramático, al suponer ó adivinar que la víspera de escribir ciertos bellos versos, que omito citaros, se había adormecido leyendo en el precioso libro de la Imitación de Cristo el pasaje siguiente:<sup>1</sup> “El demonio deja de tentar á los infieles y pecadores, porque los tiene ya seguros; y sólo tienta y atormenta de varias suertes á los fieles y devotos.” ¡Oh! yo os aseguro que quien medite en el desenlace tan moral de *La Verdad Sospechosa*; quien contemple el castigo que recibe aun en el mundo quien falta á la verdad, el deshonor que lo acompaña, los males que le sobrevienen, podrá sacar de una pieza, hecha al parecer tan sólo para agradar, más provecho quizá que de un sermón.

Podría seguir recorriendo una á una las demás páginas del ilustre mexicano, y confrontándolas con los Libros inspirados; pero sería ocioso fatigaros. Con todo, diré algunas palabras sobre *El Examen de Maridos*. ¡Qué obediencia tan acendrada á la última voluntad de su padre no hallamos en la protagonista! ¡Qué juicio, qué so-

<sup>1</sup> *Imitación de Cristo*, lib. IV, cap. 18.—Hé aquí los versos á que se alude:

Las mujeres y los diablos  
Caminan por una senda,  
Que á las almas rematadas  
Ni las siguen ni las tientan:  
Que el tenellas ya seguras  
Las hace olvidarse dellas,  
Y sólo de las que pueden  
Escapárseles, se acuerdan.

Don Luis Fernandez-Guerra, *op. cit.*



briedad, qué prudencia al dar ese paso tan decisivo en la vida, cual es elegir esposo, en que tan á menudo no se consulta sino bastardos intereses! ¡Qué amistad tan fina la que vemos allí personificada! ¡Con qué delicadeza hace ver el autor hasta dónde puede llevar la pasión de los celos aun á las mujeres de natural más benévolo y de más esmerada educación!

Hay un escena en *Los Favores del Mundo* que merece ocupar nuestra atención en este lugar santo. Todo el drama nos presenta, en una serie de preciosos cuadros que se suceden unos á otros en armoniosa combinación, la inestabilidad de las cosas humanas, los frecuentes cambios de la suerte, y la rapidez con que gira, sobre todo en las cortes, la caprichosa rueda de la Fortuna. El héroe principal, ofendido por otro caballero, corre seis años por ciudades, y villas, y campos, sediento de venganza, en busca de su odiado rival. Cuando ya desespera de alcanzar su tristísimo objeto, lo encuentra de repente en la calle, y se lanza sobre él, espada en mano, resuelto á dejarlo sin vida. Es diestro el adversario, y saltan los aceros sin que el ofendido haya triunfado; luchan entonces cuerpo á cuerpo, y al fin caen entrambos; pero quedando aquel debajo y en poder del vengativo hidalgo. Saca éste la daga homicida, la levanta furioso, y ya va á descargar el golpe mortal, cuando el vencido, en tan terrible trance, exclama con voz lastimera: "Válgame la Virgen." A este nombre tan dulce y tan sagrado, la ira de tantos años se trueca en mansedumbre, el odio se convierte en eterna amistad, y en vez de caer el puñal sobre la desarmada víctima, el vencedor ayuda á levantarse al tendido y se estrechan los dos entre los

brazos. ¿No os recuerda esta escena la que realmente pasó en un callejón de Florencia, un Viernes Santo, célebre en los anales eclesiásticos, que señala la conversión del que hoy veneramos en los altares bajo el nombre de San Juan Gualberto? Pero lo que hay más notable es que el dramático dió al héroe su propio apellido, y que así como evidentemente quiso por este medio probar al público y á sus detractores la nobleza de su linaje y lo esclarecido de su nombre, así también, en toda probabilidad, se retrató á sí mismo al pintar á Garci-Ruiz de Alarcón, trasladando á la escena, no su pequeño corcovado cuerpo y desagradable exterior, sino las bellas cualidades y cristianas virtudes que adornaban aquella alma, encerrada en tan estrecha cárcel. ¡Qué lecciones tan bellas y tan conformes con la enseñanza y ejemplo de Nuestro Divino Maestro aprendemos en este hermosísimo drama! ¡Aquí volvemos á hallar á una dama celosa, que olvida su dignidad y se abaja á indignos manejos, por no resistir á esa funesta pasión que el Espíritu Santo compara á los tormentos del infierno: *dura sicut Infernus æmulatio*.<sup>1</sup> Aquí observamos, como en todas las comedias de ALARCÓN, que mientras los caracteres de los varones son elevados, nobles, generosos, dechados de lealtad, de virtud y de hidalguía, las mujeres, por el contrario, se nos presentan muy inferiores, y ni bajo el punto de vista dramático, ni bajo el aspecto social ofrecen aquellas dotes, aquellas cualidades, aquellos atractivos que nos encantan en las de Lope ó Calderón. Lo atribuyen sus críticos al poco trato que tuvo con las damas un hombre á quien su fi-

<sup>1</sup> Cant. VIII, 6.



gura apartaba necesariamente de tal sociedad. Esto, Señores, si algún tanto lo pone bajo el nivel de sus rivales en el arte dramático, mucho lo realza á nuestros ojos, pues nos indica que su vida fué conforme á las cristianas máximas que profesaba. Nada, en efecto, ha descubierto contra él esta edad maldiciente y curiosa, que no sé con qué conciencia ha ido á desenterrar y dar á luz cartas privadas de Lope de Vega y otros ingenios, para arrojarles lodo á la cara, con especiosos pretextos, y cubrir su venerada memoria de indeleble baldón. Una que otra sátira y punzante alusión de los émulos y contemporáneos del mexicano, no puede hacer mella en los que alguna experiencia tienen del mundo, y saben con qué facilidad se ceba la calumnia en los más inocentes. Sea como fuere, Señores, y sin pretender hacer un santo de nuestro ilustre literato, nos cabe el consuelo de que habiendo escrito libros en que resplandecen la moralidad y la religión, después de haber vivido sufriendo con cristiana resignación y heroica paciencia los vaivenes de la fortuna, coronó la obra adormeciéndose piadosamente en el Señor. Hoy hace dos siglos y treinta y nueve años que, lejos de su suelo natal, en una pobre casa de la parroquia de San Sebastián de Madrid, recibía con gran devoción los Sacramentos de la Iglesia, para entregar su alma al día siguiente en manos del Criador.<sup>1</sup> Dejó en su testamento limosnas para quinientas misas, prueba de su fé en el valor del Santo Sacrificio; prueba de que en su humildad cristiana se reconocía manchado

<sup>1</sup> Murió ALARCÓN el 4 de Agosto de 1639; y la Academia Mexicana ha acordado que en su aniversario se celebre una misa por su alma y las de todos nuestros ingenios; pero este año cayó el 4 en domingo, y se anticipó la fúnebre ceremonia.

delante de Dios, y que aunque su contrición y la eficacia de los Sacramentos le daban la confianza de haber recobrado la gracia, no ignoraba que, en sus escritos sobre todo, había alguna vez faltado á la Ley, dejando en ellos, cual los israelitas de Odolam sobre su cuerpo, algunas ofrendas consagradas á los ídolos. Estas ofrendas, Señores, las hemos hallado por desgracia, y no podemos menos que confesar á pesar nuestro, que algunas de sus primeras comedias son algo licenciosas, y que aun en las más morales hay chistes y equívocos que ningún cristiano puede aprobar. Hagamos, por tanto, como el esforzado Macabeo; ofrezcamos sacrificios por el alma de nuestro gran dramático y por las de todos aquellos que, después de cultivar las letras en nuestro suelo, murieron en el ósculo del Señor, *cum pietate dormitionem acciperant*.<sup>1</sup> Oremos, oremos por ellos, que bien han menester de nuestra compasión por grandes que aparezcan bajo el aspecto literario.

Grandiosa es en verdad la figura que ahora me toca presentaros, y al par que sublime, dulce, simpática y amable cual pocas. Hablo, Señores, del autor del *Bernardo* y del *Siglo de Oro*, del ilustre cantor de la *Grandeza Mexicana*, del esclarecido Obispo de Puerto-Rico DON BERNARDO DE BALBUENA.

¿Qué importa que haya nacido en Valdepeñas? Desde muy pequeño lo vemos estudiando en nuestras escuelas, cursando las aulas en nuestros colegios, y ganando el premio tres veces en los certámenes poéticos que en México acostumbraban celebrarse. En uno de ellos lo admiramos á la edad de diez y siete años, en presencia del

<sup>1</sup> II Mac. XII, 43.